

asalto? Pues bien, convocad á las dos y formaré con ellas dos regimientos para que se batan contra los negros, y veremos entonces si sus fusiles hacen tanto ruido como sus lenguas.

Después de ese vigoroso exabrupto se me acercó al oído y me dijo á media voz:—¿Qué puede hacer en Santo Domingo, con dos Asambleas que pretenden ser soberanas, el gobernador nombrado por el rey de Francia? Los oradores y los abogados son los que lo echan á perder todo aquí, lo mismo que en la metrópoli. Si tuviese el honor de ocupar el puesto de teniente general por real orden, arrojaría fuera á esos enredadores y les diría: *El rey reina y yo gobierno*. Cuidaríame poco de la responsabilidad que pudiese tener ante esos mal llamados representantes; y con solo prometerme el gobierno doce cruces de San Luis, barrería á todos los rebeldes hácia la isla de la Tortuga, habitada en otro tiempo por bandidos como ellos. Joven, tened presente lo que os voy á decir: los filósofos han producido á los filántropos, y éstos han procreado á los negrófilos, que han hecho nacer á los comedores de blancos, llamados así hasta que se les invente su nombre griego ó latino. Esas pretendidas ideas liberales, que en Francia trastornan las cabezas, son un veneno bajo los trópicos. Debía tratarse á los negros con dulzura, pero no concederles la libertad de repente. Todos los horrores que hoy presencia Santo Domingo nacen del club de Massiac, y la insurrección de los esclavos no es más que una consecuencia de la toma de la Bastilla.

Mientras el veterano exponía en esos términos su política mezquina, pero con franqueza y convicción, continuaba la discusión tempestuosa. Un colono, entre los pocos en que había penetrado el frenesí revolucionario, que se hacía llamar el ciudadano general C***, por haber presidido algunas ejecuciones sangrientas, exclamó:

—Más necesarios son los suplicios que los combates. Las naciones necesitan escarmientos terribles; ¡aterremos con ellos á los negros! Yo concluí con las revoluciones de Junio y de Julio haciendo plantar cincuenta cabezas de esclavos en las avenidas de mi habitación á guisa de palmeras. Que den todos su contingente para la proposición que voy á presentar. Defendamos los accesos del Cabo con los negros que todavía nos quedan.

—No puede ser! ¡Eso sería una imprudencia! respondieron de todas partes.

—No comprendéis mi idea, señores, repuso el ciudadano general. Hagamos un cordon de cabezas de negros que rodee la ciudad, desde el fuerte Picolet hasta la punta del Caracol, y sus compañeros insurrectos no se atreverán á aproximarse. En estos momentos hay que sacrificarse por la causa comun; yo me sacrificaré el primero. Poseo quinientos esclavos no sublevados y los ofrezco.

Tan execrable proposición fué acogida con un movimiento de horror.

—Eso es abominable! Eso es horrible! gritaba todo el mundo.

—Medidas de ese género son las que lo han echado todo á perder, dijo un colono. Si no nos hubiéramos apresurado á ejecutar á los últimos rebeldes de Junio, Julio y Agosto, hubiéramos podido coger el hilo de esa conspiración que ha cortado el hacha del verdugo.

El ciudadano C***, despechado, se mantuvo un momento en silencio, y después murmuró entre dientes:

—No creo, sin embargo, que haya motivo para que yo aparezca sospechoso. Estoy relacionado con todos los negrófilos, y en correspondencia con Brissot et Pruneau de Pomme-Gonge, en Francia; con Hans-Lloane, en Inglaterra; con Magaw, en América; con Pezell, en Alemania; con Olivarins, en Dinamarca; con Wadstrohm, en Suecia; con Peter Paulus, en Holanda; con Avendaño, en España, y con el abate Pedro Tamburini, en Italia.

Iba subiendo la voz á medida que adelantaba en su nomenclatura de negrófilos, y terminó diciendo:—¡Pero aquí no hay filósofos!

Por tercera vez el gobernador solicitó los consejos de todos los presentes.

—Mi opinion es, dijo una voz, que nos embarquemos todos en el *Leopardo*, que ha fondeado en la rada.

—Pongamos á precio la cabeza de Buckmann, dijo otro.

—Enteremos de lo que aquí sucede al gobernador de la Jamaica, repuso un tercero.

—Sí, para que vuelva á enviarnos el irrisorio auxilio de quinientos fusiles, repuso un diputado de la Asamblea provincial. Señor gobernador, expedid un buque de guerra á Francia y aguardemos.

—Aguardar! Aguardar! interrumpió Rouvray con energía. ¿Y los negros esperarán? ¿Y esperarán las llamas que rodean á la ciudad? Señor Touzard, mandad tocar á generala, que salgan los

cañones é id á atacar el grueso de los rebeldes con vuestros granaderos y cazadores. Señor gobernador, mandad que levanten campamentos en las parroquias del Este; estableced posiciones en Trou y en Vallieres; yo me encargo de los llanos del fuerte del Delfin. Yo dirigiré las obras; mi abuelo, maestro de campo del regimiento de Lombardía, sirvió á las órdenes del mariscal Vauban; estudié á Folard y á Bezont, y tengo práctica en las obras para defensa del país. Además, las llanuras del fuerte del Delfin, casi rodeadas por el mar y por las fronteras españolas, se asemejan á una península, y hasta cierto punto se protegerán ellas mismas; la península de la Muela ofrece idéntica ventaja. Prevalgámonos de todo esto y obremos.

El enérgico y positivo lenguaje del veterano hizo callar súbitamente todas las discordancias de votos y de opiniones. El general estaba en lo cierto, y la conciencia que cada cual tiene de sus verdaderos intereses unió todos los pareceres al de Rouvray; y mientras el gobernador manifestaba al valiente militar que reconocía la excelencia de sus consejos, aunque anunciados como órdenes, y la importancia de su auxilio, todos los colonos reclamaron la pronta ejecución de las medidas indicadas.

Únicamente los dos diputados de las Asambleas rivales parecía que se separaban de la adhesión general y murmuraban arrinconados las frases *usurpación del poder ejecutivo, decision apresurada y responsabilidad*.

Aproveché aquel momento para obtener del gobernador las órdenes que deseaba con impaciencia, y abandoné el local con la idea de reunir mis soldados y en el acto encaminarme al Acul, á pesar del cansancio que todos sentían, menos yo.

XVII.

Empezaba á amanecer. Me encontraba en la plaza de Armas despertando á los milicianos, que estaban acostados sobre los capotes, mezclados con los dragones amarillos y colorados, con los fugitivos de los llanos, con las bestias que balaban y que mugían y con los bagajes de todas clases, traídos á la ciudad por los plantadores de las cercanías. En tal desorden encontré á mi destacamento, cuando ví que corría hácia mí á toda carrera un dragón amarillo, sudoroso y empolvado. Acudí á su en-

cuentro, y por las pocas palabras entrecortadas que se le escaparon supe con consternación que se habían realizado mis temores: que la rebelión había invadido los llanos del Acul y que los negros sitiaban el fuerte de Galifet, en donde se habían encerrado las milicias y los colonos. Conviene decir que ese fuerte era de escasa importancia; en Santo Domingo se dá el nombre de fuerte á cualquiera obra de tierra.

No podíamos perder un momento: mandé montar á caballo á los soldados que lo pudieron encontrar, y guiado por el dragón llegué á los dominios de mi tío hácia las diez de la mañana.

Apenas concedí una mirada á aquellas inmensas plantaciones, convertidas en un mar de llamas, que saltaban sobre el llano con grandes oleadas de humo, á través de las que el viento arrastraba, á guisa de chispas, gruesos troncos de árboles erizados de fuego. Horroso chisporroteo, mezclado de crujidos y de murmullos, parecía responder á los lejanos rugidos de los negros, que oíamos ya sin verlos todavía. Solo me preocupaba un pensamiento, del que no podía distraerme la pérdida de tantas riquezas que yo debía heredar: este pensamiento era la salvación de María. ¡Salvada ésta, qué me importaba lo demás! Sabía que estaba encerrada en el fuerte, y lo único que á Dios le pedía era llegar á tiempo; esta era la única esperanza que me sostenía en medio de las angustias y me daba el valor y la fuerza del león.

Al poco rato un recodo del camino presentó á nuestra vista el fuerte de Galifet. En la plataforma flotaba todavía el pabellón tricolor y un nutrido fuego coronaba el contorno de las paredes. Lancé un grito de alegría. “¡A galope, espolead bien!” les mandé á mis compañeros. Redoblando la velocidad, nos dirigimos á campo traviesa hácia el fuerte, á cuyo pié se divisaba la casa de mi tío, que aparecía roja á la luz del incendio, á la que éste no se había propagado aun, porque el viento soplabá del lado del mar y estaba aislada de las plantaciones.

Multitud de negros emboscados en dicha casa asomaban por las aberturas y por el techo; las antorchas, las pipas y las hachas brillaban en medio de los disparos de fusil, que no cesaban de dirigir contra el fuerte, mientras que otra multitud de esclavos se encaramaban, se dejaban caer y volvían á subir sin cesar alrededor de los sitiados muros, que

habian llenado de escalas. Aquel torbellino de negros, rechazados de continuo y renaciendo otra vez sobre las murallas, se parecia de lejos á un enjambre de hormigas tratando de escalar la concha de una tortuga, de las que el lento animal se desembarazara dando una sacudida de intervalo en intervalo.

Llegamos á las primeras circunvalaciones del fuerte, y fijando la vista en el pabellon que le dominaba, alentaba á mis soldados en nombre de sus familias, encerradas como la mia detrás de aquellos muros y á cuyo auxilio acudíamos. Aclamacion general fué la respuesta que obtuve, y formando en columna mi pequeño escuadron, me dispuse á dar la señal de atacar á los negros sitiadores, pero en este instante salió un inmenso alarido del recinto del fuerte; un torbellino de humo rodeó el edificio por completo, del que se escapaba un rumor parecido al ruido de una hornaza, y al esclarecerse dicho torbellino se presentó otra vez á nuestra vista el fuerte de Galifet, en el que ya ondeaba la bandera roja. Todo habia concluido.

XVIII.

Rodeis comprender lo que debí sufrir al presenciar tan horrible espectáculo. El fuerte tomado, sus defensores pasados á cuchillo, veinte familias inmoladas, y todo aquel desastre, lo confieso con vergüenza, no me ocupaba un instante. ¡María perdida para mí en el mismo instante en que iba á ser mia para siempre! ¡perdida para mí por mi culpa, porque si no la hubiese abandonado la noche anterior para ir al Cabo, por orden de mi tío, hubiera podido defenderla ó morir á su lado con ella! Estas desoladoras ideas extraviaron mi dolor hasta convertirlo en locura. Mi desesperacion era la del remordimiento.

Mis exasperados compañeros gritaban: "Venganza!", y nos precipitamos en medio de los insurgentes vencedores, armados de espadas y de pistolas. Aunque eran muy superiores en número los negros, huían al vernos llegar; pero les veíamos distintamente á derecha y á izquierda, detrás y delante de nosotros, asesinando á los blancos y apresurándose á incendiar el fuerte. Su cobardía aumentaba nuestro furor.

Al llegar á la poterna del fuerte se me presentó Tadeo, acribillado de heridas.

—Capitan, me dijo, Pierrot es un hechicero, como le llaman esos condenados

negros, ó lo menos es un diablo. Nos sosteníamos, vos acabais de llegar y todo se hubiera salvado; pero él penetró en el fuerte, no sé por dónde, y ya lo veis!... En cuanto á vuestro tío, á su familia y á la señora...

—María! le interrumpí, ¿dónde está María?

En aquel instante salió un negro atlético por detrás de una empalizada incendiada llevándose á una jóven, que gritaba y se retorcía en sus brazos. Eran María y el negro Pierrot.

—Pérfido! vociferé.

Le apunté con la pistola, pero uno de los esclavos insurrectos se puso delante de él y cayó muerto. Volvióse Pierrot, dirigiéndome al parecer algunas palabras, y luego se perdió con su presa por entre los cañaverales consumidos por el fuego. Al poco rato, un perro enorme le siguió, llevando en la boca una cuna, la del último hijo de mi tío. También reconocí al perro: era Rask, Ebrio de coraje, disparé sobre él otro tiro, pero no le acerté.

Como un insensato corrí á su alcance, pero mi larga carrera nocturna, tantas horas transcurridas sin reposo y sin tomar alimento, el temor que me inspiraba la desgracia de María, el tránsito repentino del colmo de la felicidad al último término de la desgracia, todas esas emociones violentas del alma me habian agotado más todavía que las fatigas del cuerpo, y al dar unos cuantos pasos vacilé y se esparció una nube ante mi vista, que me hizo caer en tierra desvanecido.

XIX.

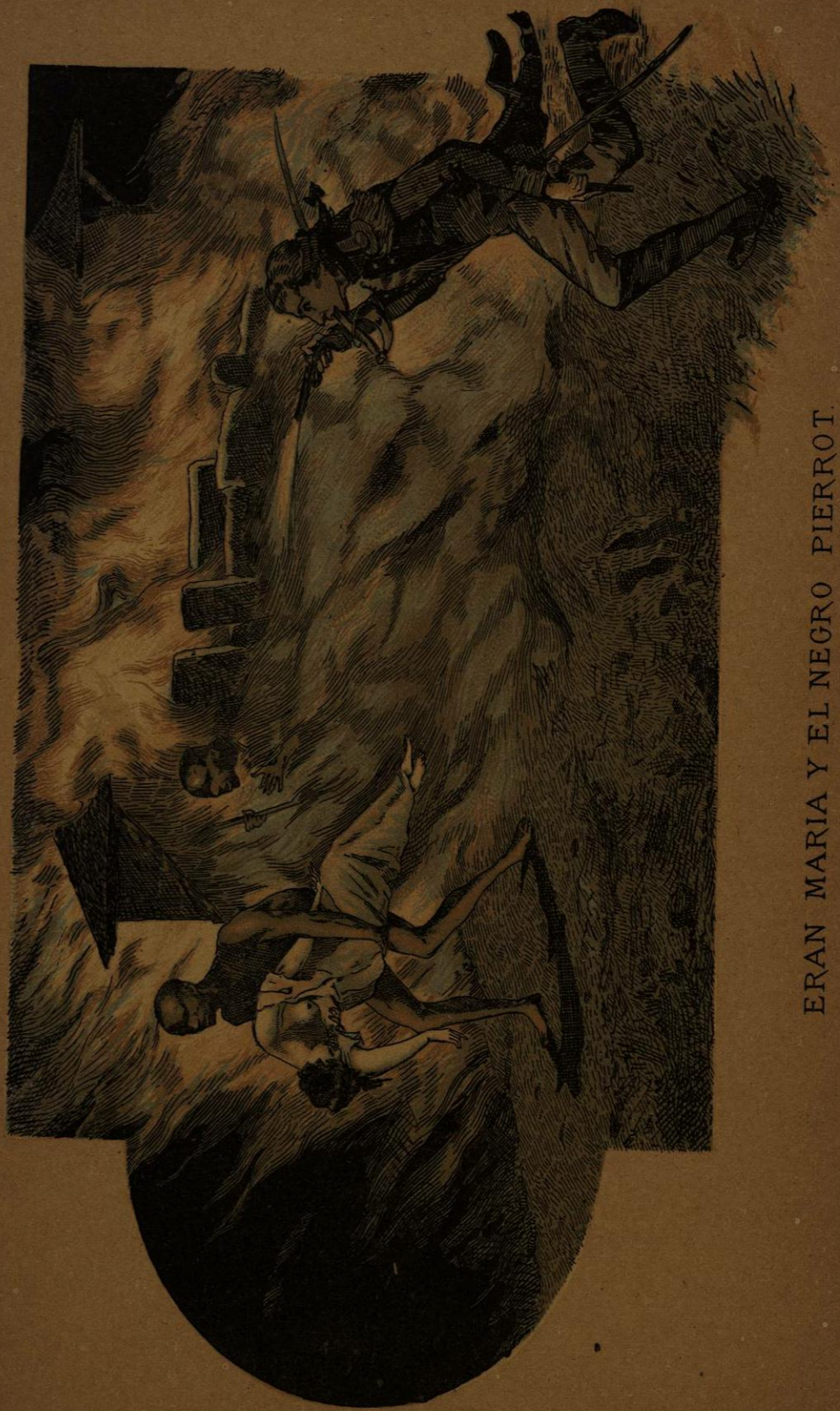
Cuando recobré el sentido me encontré en la casa devastada de mi tío y en brazos de Tadeo, que fijaba en mí los ojos con interés verdaderamente paternal.

—Victoria! gritó en cuanto su mano sintió que yo recobraba el pulso. ¡Victoria! Los negros están vencidos y mi capitán ha resucitado.

Interrumpí su exclamacion de júbilo con mi eterna pregunta:

—¿Dónde está María?

No podia coordinar aun mis ideas y me quedaba el sentimiento, pero no el recuerdo, de mi infortunio. Tadeo, en vez de contestarme, inclinó la cabeza, y entonces recobré la memoria, y ésta me retrató mi horrible noche de bodas; y el negro, arrebatándome en sus brazos á



ERAN MARIA Y EL NEGRO PIERROT.

María á través de las llamas, se me apareció como una vision infernal. La luz del incendio que acababa de alumbrar á toda la colonia, demostrando á los blancos que sus esclavos eran sus mortales enemigos, me hizo ver que Pierrot, tan bueno, tan generoso y tan adicto, y que me debía la vida tres veces, era un ingrato, un mónstruo, un rival. Robarme á mi esposa la misma noche de la boda, me probaba lo que desde el principio sospeché, y ví entonces claro que el cantor del pabellon era el execrable raptor de María. ¡Qué cambio en tan pocas horas!...

Tadeo me refirió que persiguió en vano á Pierrot y á su perro; que los negros se habian retirado, aunque por el número hubieran podido arrollar el corto peloton de mis soldados, y que continuaba el incendio devorando mis propiedades, sin que hubiese sido posible sofocarlo.

Le pregunté si sabia qué era de mi tio, en cuya habitacion se me habia instalado, y me cogió de la mano silenciosamente, conduciéndome hasta la alcoba, cuyas cortinas descorrió. Allí estaba mi desventurado tio, tendido en el lecho, ensangrentado, con el corazon traspasado por un puñal. La tranquilidad que demostraba su semblante indicaba que debió ser asesinado durmiendo. La cama del enano Habibrah, que se hallaba colocada á sus piés, estaba tambien manchada de sangre, así como el traje abigarrado del bufon, que estaba tendido en tierra, cerca del lecho.

Sin duda el bufon fué víctima de su adhesion hácia mi tio y quizá fuese asesinado por sus compañeros al tratar de defender á su amo. Me reproché con amargura las prevenciones que me hicieron formar falsos juicios sobre Habibrah y sobre Pierrot, y mezclé las lágrimas que me arrancó la muerte violenta de mi tio con el sentimiento de la pérdida del bufon. Ordené que se buscara su cadáver, pero no le encontraron por ninguna parte; acaso los negros se llevaron al enano y lo arrojaron á las llamas; por lo tanto, dispuse que al celebrarse las honras fúnebres por el descanso de mi tio, se rogase por el alma del fiel Habibrah.

XX.

El fuerte Galifet estaba completamente destruido, habiendo desaparecido las habitaciones; por consiguiente, era imposible permanecer más tiempo en

aquellas ruinas. Aquella misma noche regresamos al Cabo.

Al llegar allí se apoderó de mí una fuerte calentura, porque el esfuerzo que hice sobre mí mismo para dominar la desesperacion que se enseñoreaba de mí fué demasiado violento; el resorte, demasiado tirante, se rompió. Empecé á delirar, porque me extraviaron la razon mis esperanzas destruidas, mi amor profanado, mi amistad vendida, mi porvenir perdido y mis celos implacables. Me parecia que circulaban llamas por mis venas; se me hacia pedazos la cabeza y el furor invadia mi corazon. ¡Representábame á María en poder de otro amante, en poder de un amo, en poder de un esclavo, de Pierrot! Contáronme despues que en aquel momento me arrojé de la cama y que fué precisa la fuerza de seis hombres para impedir que me destrozara el cráneo contra las paredes. ¿Por qué entonces no terminó mi existencia? Pasó esa crisis: los médicos, los cuidados de Tadeo y la fuerza propia de la juventud vencieron el mal, ese mal que pudo ser para mí el bien. Curé á los diez dias, lo que no me apenó, porque deseaba vivir algun tiempo más para poder vengarme.

En cuanto convalecí, me presenté al gobernador para que utilizase mis servicios: queria señalarme la defensa de un punto; yo le pedí que me incorporara como voluntario á una de las columnas móviles que se enviaban de vez en cuando contra los negros para pacificar el pais.

Fué fortificado el Cabo de prisa, en poco tiempo, porque la insurreccion progresaba terriblemente. Empezaban á agitarse los negros de Puerto-Príncipe; Biasson mandaba los de Limbé, del Dondon y del Acul; Juan Francisco se hizo proclamar generalísimo de los insurrectos de la llanura de Maribaron; Buckmann, célebre despues por su fin trágico, recorría con sus bandidos las riberas de la Limonade, y las cuadrillas del Morne-Rouge reconocian por jefe á un negro llamado Bug-Jargal.

El carácter de Bug-Jargal, á creer lo que se decia de él, contrastaba enteramente con la ferocidad de los otros jefes. Mientras que Buckmann y Biasson inventaban mil clases de muerte para los prisioneros que caian en sus manos, Bug-Jargal les proporcionaba medios para que abandonasen la isla. Los primeros pactaban de antemano con las lanchas españolas que cruzaban por

la costa y les vendian por adelantado los despojos de los desgraciados que obligaban á huir: Bug-Jargal echó á pique á varios de estos corsarios. Colás de Maigné y ocho colonos más de los principales fueron librados por orden suya de la rueda á que Buckmann los habia hecho atar. Citábanse otros muchos rasgos suyos de generosidad que serian largos de referir.

El deseo de venganza que me agitaba parecia próximo á realizarse; ya no oia hablar de Pierrot. Los rebeldes mandados por Biasson seguian inquietando el Cabo; en una ocasion se atrevieron á abordar el elevado cerro que domina la ciudad, costando al cañon de la ciudadela bastante trabajo para rechazarlos. El gobernador resolvió empujarles al interior de la isla. Las milicias del Acul, del Limbé, de Onanamiento y de Maribaron, reunidas con el regimiento del Cabo y con las temibles compañías amarilla y roja, constituian nuestro ejército activo. Las milicias del Dondon y del Cuartel-Delfin, reforzadas con un cuerpo de voluntarios, bajo las órdenes del negociante Poncignon, constituian la guarnicion de la ciudad.

Primeramente quiso el gobernador librarse de Bug-Jargal, que era al que más temia, y envió contra él las milicias de Onanamiento y un batallon del Cabo. Este cuerpo regresó á los pocos dias completamente derrotado. El gobernador se obstinó en querer vencer á Bug-Jargal, y volvió á enviar contra él el mismo cuerpo, con un refuerzo de cincuenta dragones amarillos y de cuatrocientos milicianos de Maribaron. Este segundo ejército recibió todavía un golpe más rudo que el primero. Tadeo, que formó parte de esa expedicion, concibió violento despecho y me juró á su vuelta que él se vengaria de Bug-Jargal.

Cayó una lágrima de los ojos de Auvernery; cruzó los brazos sobre el pecho y pareció durante algunos minutos abismado en doloroso ensimismamiento: despues de una larga pausa continuó:

XXI.

Se supo que Bug-Jargal habia abandonado el Morne-Rouge y que se dirigia con su gente por las montañas para reunirse con Biasson.

El gobernador oyó con satisfaccion esta noticia y dijo, frotándose las manos: —“Ya son nuestros... Al dia siguiente el ejército colonial se encontraba á una

legua del Cabo. Los insurrectos, al aproximarnos á ellos, abandonaron precipitadamente á Port-Margot y el fuerte de Galifet, en donde habian establecido una posicion defendida por piezas de gran calibre de artillería de sitio, sacadas de las baterías de la costa: todas las partidas se replegaron hácia las montañas. El gobernador estaba contentísimo. Cada uno de nosotros, al pasar por aquellas llanuras áridas y desoladas, queríamos echar una triste ojeada al sitio donde estuvieron nuestras plantaciones, nuestras viviendas y nuestras riquezas, y no lo reconocíamos muchas veces.

Con frecuencia detenian nuestra marcha incendios que de los campos cultivados se habian comunicado á los bosques y á las sábanas. En esos climas en los que la tierra es aun virgen, en los que la vejetacion es exuberante, acompañan singulares fenómenos al incendio de un bosque. Oyese á lo lejos, con frecuencia antes de verlo, surgir y retumbar con el estrépito de una catarata diluvial. Los troncos de los árboles que estallan, las llamas que chisporrotean, las raíces que crujen en el suelo, las grandes matas que se estremecen, el hervor de los lagos y de los pantanos encerrados en el bosque y el silbido de la llama que devora el aire, lanzan un rumor, que ya se apacigua, ya se redobla con el progreso del incendio. A veces se ve un verde limite de árboles, aun intactos, rodear largo tiempo el flamígero foco; de repente una lengua de fuego desemboca por una de las extremidades de aquella fresca cintura, una serpiente de llama azulada corre con rapidez á lo largo de los tallos, y en un abrir y cerrar de ojos la frente del bosque desaparece bajo un velo movible de oro y todo él arde á la vez. Entonces un dosel de humo baja de vez en cuando con el soplo del viento y envuelve á las llamas. Se rolla y se desenrolla, se eleva y se hunde, se disipa y se condensa, ennegreciéndose de repente; despues una especie de franja de fuego recorta vivamente todos los bordes; se oye un ruido atronador; la franja se borra, el humo sube y vierte al volarse una oleada de ceniza roja, que cae en lluvia durante largo tiempo.

XXII.

La noche del tercer dia penetramos en las gargantas del rio Grande. Calculamos que los negros debian encon-

trarse á veinte leguas de nosotros en la montaña.

Acampamos sobre una colina, que bien pudo servir de campamento á los insurrectos, á juzgar por la desnudez en que la dejaron. La posesion no era muy cómoda, pero estábamos tranquilos. Dominaban á la colina por todas partes grandes rocas y riscos cubiertos de espesos bosques. La aspereza del terreno hizo bautizar aquel sitio con el nombre de *Doma-mulato*. El rio Grande corria detrás del campamento encerrado entre dos costas, y en aquel punto era angosto y profundo. Zarzales impenetrables á la vista erizaban sus orillas, bruscamente inclinadas; con frecuencia las aguas se ocultaban detrás de guirnaldas de bejucos, que agarrándose á las ramas de los arces de flores coloradas, esparcidos entre los zarzales, entrelazábanse de una á otra orilla, formando sobre el rio holgadas tiendas de verdura. El que las contemplaba desde lo alto de las rocas inmediatas creia ver praderas humedecidas por el rocío.

El sol dejó de dorar al poco tiempo la cima aguda de los montes lejanos del Dondon: poco á poco las sombras de la noche fueron enseñoreándose del espacio, y ya no turbaban el silencio del campamento más que los gritos de la grulla y el paso mesurado de los centinelas.

De repente los temibles cantos de *Ona-Nassé* y del *Campo del Gran Prado* se oyeron cerca de nosotros; las palmeras, los acomas y los cedros que coronaban las rocas empezaron á arder, y las claridades lívidas del incendio alumbraron ante nuestra vista en las inmediatas cimas numerosas bandadas de negros y de mulatos, cuya tez cobriza parecia roja á la luz de las llamas. Eran los insurrectos de Biasson.

Ante la inminencia del peligro, los jefes se despertaron con sobresalto, apresurándose á reunir á los soldados; el tambor tocó á generala, la trompeta dió la voz de alarma, formáronse tumultuosamente nuestras líneas, y los rebeldes, en vez de aprovecharse del desorden en que nos sorprendieron, nos contemplaban inmóviles, entonando el canto de *Ona-Nassé*.

Un negro gigantesco apareció solo sobre el más alto de los picos secundarios que encajonan al rio Grande; flotaba sobre su frente una pluma de color de fuego; llevaba una hacha en la mano derecha y una bandera roja en la izquierda... Era Pierrot. Si hubiese tenido una carabina al alcance de mi mano, la ra-

bia quizás me hubiera hecho cometer un acto de cobardía. Repitió el negro el estribillo de *Ona-Nassé*, clavó la bandera entre las rocas, arrojó el hacha donde nosotros estábamos y sumergiéndose en las aguas del rio. Sentí en aquel momento una corazonada que me apesadumbró; creí que aquel hombre no moriria á mis manos.

Los negros comenzaron á arrojar sobre nosotros enormes pedruscos, y una granizada de balas y de flechas cayó sobre la colina. Nuestros soldados, furiosos porque sus tiros no llegaban hasta los insurrectos, espiraban con desesperacion, aplastados por las rocas, acribillados de balas y traspasados por las flechas. Horrible confusion reinaba en el ejército. De pronto espantoso ruido pareció salir del fondo del rio Grande; verificábase en él una escena extraordinaria. Los dragones amarillos, sufriendo extremadamente á causa de los enormes pedruscos que los rebeldes lanzaban sobre ellos desde lo alto de las montañas, concibieron la idea de refugiarse, para escapar de ese mortal peligro, bajo las bóvedas flexibles de bejucos que cubrian el rio, y Tadeo fué el primero que puso en práctica ese ingenioso recurso...

Al llegar aquí vióse el narrador interrumpido bruscamente.

XXIII.

Más de un cuarto de hora hacia que el sargento Tadeo, llevando el brazo derecho con cabestrillo, se introdujo sin que nadie le viera en un rincon de la tienda de campaña, desde el que únicamente denotaba con gestos la parte activa que tomaba en la narracion de su capitán, hasta el momento en que no creyó que el respeto le permitia dejar pasar un elogio suyo sin dar las gracias á Auvernery, que entonces atrevióse á balbucear confusamente:

—Qué bueno sois, mi capitán!...

Resonó una carcajada general, y volviendo la cabeza Auvernery, le dijo con severidad:

—Vos aquí, Tadeo! y el brazo?

Al oír este lenguaje, tan nuevo para el veterano, contristáronse sus facciones, vaciló y levantó la cabeza hácia atrás, como para detener las lágrimas que iban á salir de sus ojos.

—Nunca creí, dijo al fin en voz baja, que mi capitán pudiese faltar á su viejo sargento hasta el punto de hablarle de vos.

El capitán se levantó en seguida y le dijo:

—Perdóname, mi antiguo amigo, perdóname. Vamos, Tadeo, me perdonas?

Las lágrimas brotaron de los ojos del sargento contra su voluntad.

—Esta es la tercera vez que lloro... pero ahora es de alegría.

Después de hechas las paces, hubo una larga pausa en la conversación.

—Pero dime, ¿por qué abandonaste la ambulancia para venir aquí?

—Vine, con vuestro permiso, á preguntaros si se ha de poner mañana la gualdrapa galoneada á vuestro caballo de batalla.

Enrique se sonrió.

—Mejor hubiera sido, Tadeo, que hubieras preguntado al cirujano mayor si habrá que poner mañana dos onzas de hilas en la herida de tu brazo.

—O informaros, repuso Paschal, de si os es permitido beber un poco de vino para refrescaros. Mientras tanto, aquí teneis aguardiente que os probará... probable, intrépido sargento.

Tadeo se adelantó, saludando respetuosamente, y escusándose de tener que tomar el vaso con la mano izquierda, le vació á la salud de los presentes. Esto le dió ánimo.

—Estábais, mi capitán, dijo, en el momento en que... pues si es verdad, yo fui el que propuso que nos refugiásemos debajo de los bejucos para impedir el que nos matasen á pedrada limpia. Nuestro oficial, como no sabia nadar, tenia miedo de ahogarse, lo que era muy natural, y se oponia con todas sus fuerzas, hasta que vió, con vuestro permiso, señores, que un enorme pedazo de roca estuvo á punto de aplastarle, y que cayó al rio y no se hundió, protegido por las matas.

—“Vale más, dijo entonces, morir como Faraon en Egipto que como San Estéban; nosotros no somos santos, y Faraon era un militar como nosotros.”—Dicho oficial, que era un sábio, como acabais de ver, quiso seguir mi consejo al fin, con la condicion de que yo fuese el primero en dar el ejemplo. No me lo hice repetir. Descendí á lo largo de la orilla, salté bajo la bóveda, agarrándome á las ramas de arriba, cuando siento que me tiran de las piernas; forcejeo, recibo varios sablazos, y todos los dragones, que eran unos demonios, se precipitan en confusion debajo de los bejucos. Era que los negros del Morne-Rouge se habian emboscado allí, probablemente para echarse sobre nosotros. Entablamos la lucha,

acompañada de gritos y de juramentos. Como los negros estaban desnudos, eran más listos que nosotros, pero nuestros golpes eran más certeros que los suyos. Con un brazo nadábamos y con el otro combatíamos, como se acostumbra en casos semejantes. Los que no sabian nadar se agarraban con una mano á los bejucos y los negros les tiraban de los piés. En medio de aquel zipizape ví á un negro que se defendia como un demonio contra ocho ó diez de mis compañeros; me echo á nadar, llego y reconozco á Pierrot, álias Bug... pero esto no debe saberse hasta luego, ¿no es cierto, mi capitán? Reconozco, pues, como iba diciendo, á Pierrot, á quien no podia ver desde la toma del fuerte; lo agarré por el pescuezo, iba á librarse de mí dándome una puñalada, cuando me miró y se rindió en vez de matarme; lo que fué una desgracia, mi capitán, porque si no se hubiese rendido... pero todo se sabrá más tarde. En cuanto vieron los negros que le prendian, arrojáronse sobre nosotros para librarle; las milicias se disponian á penetrar en el rio para auxiliarnos, y Pierrot, conociendo sin duda que todos los negros iban á perecer, dijo algunas palabras no sé en qué lengua, pero que al oirlas huyeron todos rápidamente, zambulléndose en el agua. Un combate bajo el líquido elemento tendria su lado agradable y quizás me divertiría, á no haber perdido un dedo y mojado diez cartuchos y si... ¡pobre hombre! pero estaba escrito, mi capitán.

El sargento, después de apoyar respetuosamente el reverso de la mano izquierda en la granada de su gorra de cuartel, la levantó hácia el cielo con muestras de profunda inspiración.

Auvernery parecia violentamente agitado.

—Sí, dijo, si, tienes razon, amigo mio, fué aquella una noche fatal.

El capitán se hubiera sumido en uno de sus habituales ensimismamientos, si los oyentes no le hubiesen instado repetidas veces á que prosiguiese su narración. Continuó del modo siguiente:

XXIV.

Mientras la escena que Tadeo acaba de referir sucedia detrás del cerrillo, yo habia conseguido con algunos de los míos trepar de maleza en maleza hasta una cumbre llamada *El del Pavon*, á causa de los variados matices con que el musgo brilla á la luz del sol. Dicho

pico estaba al nivel de las posiciones de los negros; una vez abierto el camino se llenó en seguida de soldados toda la cima, y al punto comenzó un terrible fuego graneado. Los negros, peor armados que nosotros, no podian sostener nuestro fuego y empezaron pronto á flaquear; redoblamos nuestros esfuerzos y no tardaron los rebeldes en evacuar las rocas más cercanas, cuidando de arrojar los cadáveres de los suyos sobre el resto del ejército, que permanecia formado en batalla en la colina. Entonces derribamos, atándolos fuertemente con hojas de palmeras, muchos troncos de los enormes algodoueros silvestres que sirvieron á los primitivos habitantes de la isla para hacer canoas de cien remeros, y con la ayuda de este puente improvisado pasamos á las rocas que los negros habian abandonado, con lo que se encontró nuestro ejército en situacion ventajosa. El vernos allí abatió el valor de los insurrectos. Cada vez iban en aumento nuestros disparos, y al cabo de un rato, lastimeros gemidos, mezclados con el nombre de Bug-Jargal, resonaron entre los negros de Biasson, que se veian al parecer en completo desorden. Muchos insurrectos del Morne-Rouge aparecieron en las altas rocas, sobre las que flotaba la bandera encarnada: la arrancaron, postrándose alrededor de ella, y luego con ella se precipitaron en los abismos del rio Grande. Esto parecia indicar, ó que su jefe era muerto, ó que habia caído prisionero.

Esto aumentó tanto nuestra audacia, que resolví arrojar con arma blanca á los rebeldes de las rocas que ocupaban todavía. Mandé echar un puente de troncos de árboles entre nuestro monte y las rocas más cercanas, y yo fui el primero que me lancé en medio de los negros; los míos iban ya á seguirme cuando uno de los rebeldes rompió el puente de un hachazo, y los troncos cortados cayeron en el abismo con estruendo espantoso.

Volví la cabeza, y en aquel instante seis ó siete negros se echaron sobre mí y me desarmaron. Forcejeé como un leon, pero me ataron con cuerdas de corteza, sin que les causaran inquietud las balas que mis soldados hacian llover sobre ellos.

Calmó pronto mi desesperación oír las exclamaciones de victoria que sonaban junto á mí lanzadas por mis soldados, y no tardé en ver á los negros y á los mulatos trepar atropelladamente á las cum-

bres más escarpadas, prorumpiendo en clamores de angustia. Los que me custodiaban les imitaron, y el más vigoroso me cargó á sus espaldas y me llevó hácia los bosques, saltando de peña en peña con la agilidad de una gamuza. Cesó pronto de guiarle el resplandor de las llamas: le bastó la débil claridad de la luna, y siguió marchando con menos rapidez.

XXV.

Después de atravesar jarales y de salvar torrentes, llegamos á un elevado valle, de aspecto sumamente agreste; ese sitio era para mí desconocido.

Estaba situado ese valle en el mismo corazón de lo que se llama en Santo Domingo las *Dobles montañas*. Era un anchísimo prado, encerrado entre paredes naturales de peladas rocas y sembrado de pinos, de guayacanes y de palmitos. El frío que reina casi siempre en esta parte de la isla, aunque en ella nunca hiela, aumentaba entonces el fresco de la noche, que espiraba ya. Empezaba apenas á blanquear el alba las altas cumbres circunvecinas, y el valle, sumido aun en profunda oscuridad, solo estaba alumbrado por multitud de hogueras encendidas por los negros, pues aquel era su punto de reunion, al que acudian desordenadamente los dislocados miembros de su ejército. Los negros y los mulatos llegaban á cada momento en atemorizadas bandadas, lanzando gritos desgarradores ó aullidos de rabia. Nuevas hogueras, que brillaban como ojos de tigre en el oscuro prado, indicaban por momentos que el círculo del campamento se iba ensanchando.

El negro que me prendió me puso al pié de una encina, desde donde observaba con indiferencia tan singular espectáculo. Atóme por la cintura al tronco del árbol á cuyo pié me hallaba; apretó los nudos de la cuerda que comprimian todos mis movimientos; púsome en la cabeza su gorro de lana colorada, sin duda para indicar que yo le pertenecia, y después que se aseguró de que no podia escaparme y ser robado por otro, se dispuso á alejarse. Entonces me decidí á dirigirle la palabra, preguntándole en el dialecto del país si era de la partida de Dondon ó de la del Morne-Rouge. Detúvose un momento, y después me contestó con orgullo: *De la del Morne-Rouge*. De pronto me ocurrió una idea. Habia oído hablar de la generosidad del jefe de